

REVISTA DE
CUENTOS Y
POESIAS

AÑO III - Nº 7
OCTUBRE 1993

LA TORRE DE PAPEL



Cuento inédito de Rosa Fasolís



Poesía de Armando del Fabro



Seguimos recibiendo trabajos
a través del sobre abierto

DISTRIBUCION
GRATUITA

En este número

TRABAJOS María Luisa Siciliani.....	3
EN UN CUENTO Jorge Alberto Barquero.....	4
TU OLVIDO Zoraida Pucheta.....	4
FANTASIAS CON MAR Carmen Beltramo.....	5
UNO Carlos Barbarito.....	5
SUEÑOS Claudio E. Gershanik.....	6
LA PRIMAVERA Walkiria de Wartogh Daneri.....	7
FRENTE A UNA ESTATUA Armando Del Fabro.....	7
A UNA QUINTA VIEJA Jorge L. Doncel.....	8
AUN LA FIESTA CONTINUA Marcelo J. Valenti.....	9,10
PORQUE SI Nora Fracchia.....	10
JOSE Y SU GATO AZABACHE Ruth Gershanik.....	11
LOS COPISTAS DE LUCANO Rosa Fasolis.....	13,14,15,16,17,18
3001 ODISEA INFORMATICA Ioanis Luciano Torilla Tsemotópulos.....	18,19
SOY DOS (¿O POR QUE CANTO?) Edgardo Winger.....	20
¿RAMIRO? Patricia Ferrareto.....	21
CRISTINA Raúl Astorga.....	22,23,24,25
LA NOCHE DE LOS ALFILERES Omar Carrizo.....	26

TAPA: Obrero del pavimento
de Ricardo Sívori
(Gentileza, Sra. de Sívori)

Editorial

El saber nos purifica. Mas, cuántos errores se nos han incorporado: la razón y la locura de nuestros antecesores, el peligro de su herencia, lo que sin conciencia transmitimos. Es por ello que debemos pensar en el prójimo en términos de sus propios deseos, y no en el de los nuestros; por lo que entiendo que no hay nada mejor que perder al maestro para encontrarnos; ser nuestro propio creyente, recrearnos con lo siempre nuevo, lo vivo.

Mensajes

- ☞ "El miedo es la ignorancia de lo que es"
- ☞ "El fin puede ser, pero el medio es"

Staff

LA TORRE DE PAPEL - Año 3, Nº 7, Octubre de 1993, Nº de propiedad intelectual: 323.970. Publicación de "Ediciones del Taller" - Dirección: Susana Sarmiento - Secretaria de Redacción: María Luisa Siciliani - Editorial: Nora Fracchia - Diagramación: Raúl Astorga - Colaboradores especiales: Omar Carrizo, Marcelo Valenti - Administración: Beatriz Leguizamón - Dto. de Relaciones Públicas: Claudio Gershanik - Asesora de Corrección: Ana Isabel San Román - Cadete: Marcos Lewis. Correspondencia: Santa Fe 1323, 3º piso "F" (2000) Rosario - Tel.: 255902. Impreso en: Granata Impresiones - Artigas 444 - Tel.: 556809. Composición Laser: Pablo A. Bizzotto - Suipacha 144 Dto. 5 - Tel. 303401

Está autorizada la reproducción parcial o total, siempre y cuando se mencione la fuente.

TRABAJOS

El flaco estaba muy flaco. Entre las traspasadas con su conjunto y las comidas saltadas estaba reflaco. El no hacía nada que no fuera su música. Hablarle, sólo hablarle de trabajo en oficinas o comercios, lo ponía mal. Trabajar en qué, decía; ocho horas encerrado, arruinándose las manos, sin poder estudiar, sin poder tocar y encima ganando dos pesos. Y buen... El flaco era así.

Desde chicos andábamos gambeteando padres y profesores que nos miraban con ironía. Qué pretensión. Ser músicos.

Pero estaba flaco. Y demacrado. Yo tenía que hacer algo por él. Tipo bueno como pocos el flaco.

La idea germinó una noche en la que el flaco salía de la ducha, con la cabeza envuelta en un gran toallón (para secarse la larga melena de león africano) y como le dolía la cabeza se tomó una aspirina.

Ya estaba: Listo, lo haría trabajar de víbora.

Se lo conté a Pata, la novia del flaco. Aquella loca se enganchó enseguida. Lo resolvimos así: Pata tocaría la flauta dulce sentada sobre una alfombrita y con la frente y las muñecas llenas de collares y pulseras. El flaco, con la cabeza envuelta en un turbante y agitando un sobre de aspirinas que imitaría el ruido de la víbora de cascabel, emergería de un canasto moviéndose en fluctuosos círculos, sibilante y moviendo la lengua. Puesto en pie, el flaco puntearía el bajo; yo, vestido con túnica blanca, la emprendería con la guitarra. Una sonata Tartini nos vendría de perlas para empezar. Luego el rock se haría presente.

El flaco se resistió, pero vencimos. Decidimos probar en calle Córdoba.

Cuando recogimos la gorra que habíamos tirado en el suelo comprobamos que en una tarde habíamos ganado más que en todo un mes dando clases de música.

Contentos, abrazados, nos fuimos a tomar una cerveza. Nos sentamos en un bar. Pata hablaba, hablaba. El flaco seguía absorto mirando los papeles que el viento hacía correr por la calle. ¿Qué pasa ahora?, le pregunté medio enojado. Me contestó lacónicamente: Enrique Discépolo fue nuestro más grande filósofo. Viejo, esto es un cambalache. Más vale víbora encanastada que maestro de música...

En un cuento



Primero fue el empujón. Suave.

Luego los ojos desorbitados de la víctima, el zips de los zapatos al despedirse del estribo, y el cráneo destrozado por los barrotes metálicos del puente.

Después el tren alejándolo, a él, Francisco Quinteros, de la escena de un crimen que estaba seguro, jamás pagaría.

La falta de un móvil, la carencia de previas vinculaciones, la ausencia de testigos, fortalecerían la impunidad de su asesinato.

Cuando treinta años más tarde, sus pasos lo encaminaron hasta el puente, para su sorpresa creyó no sentir nada. Sólo unos pasos detrás de él. Unos pasos que provocaron el giro fatigado de su abultada cintura.

Y ahí estaba ese hombrecito con barbas de años, andrajos de vestimenta, plena de soles y lluvias su piel, con la resolución de un dedo índice, acusador, dirigido, acompañando una voz ridícula, aflautada.

- Entrégate Francisco Quinteros, tu tiempo ha vencido. Has cometido dos errores y con ello ya es suficiente. Bien sabes que el criminal vuelve siempre al lugar.

- ¡Pero eso ocurre solamente en los cuentos!

- Ese fue tu segundo error. Dime: ¿dónde crees que estás?

JORGE ALBERTO BARQUERO

T
U

O
L
V
I
D
O

*¡Has llegado por fin!...¡que larga espera!
cómo ciñen tus brazos mi cintura.-
¡Con qué pasión fogosa y verdadera
estremeces de amor, mi desventura!-*

*Hace un siglo espero, ¡quién dijera!
pero por fin recobro tu ternura.-
Miraremos nacer la luz primera*

*agotados de amor, en la locura.-Después,
no importa, si prefieres irte,
quedas en libertad, ya estás cumplido.-
Me ha bastado con verte y oírte,*

*con tenerte a mi lado adormecido
saciada tu pasión hasta morirte,
¡ya puedes otra vez, darme tu olvido!...*

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

PENELOPE ZORAIDA PUCHETA

Fantasías con mar



*En el albirresplandeciente amanecer, los coloriplumíferos templan.
Suavicaminando en la secularena, me deleito.
El oleomar me saluda, espumacrestosamente.
Ternurasonriente, maravillosorprendido, mi rostro brisacariciado, se sonrosa.
Los ojos eterniextendido, flotivuelan en la blanquedad de las aliextendidas
gaviotas.
Dulciblanda felicidad, frente a la aguamarinidad ondulante.*

Carmen Beltramo
III Certamen de las Tierras Planas
Ceres, 1993
Preselección cuentos



Pienso en una viga bajo el agua,
en una espera larga casi muerte sumergida,
arriba el peso del océano,
abajo oscuro -saber dónde empieza el abismo,
no saber dónde termina-. No,
pienso en la vida que desgasta,
en la muerte que desgasta,
en el viento contra la piedra,
en el polvo. O pienso
en nada, y la nada asume la forma del mundo,
y el mundo adquiere un rostro, el mío,
y su boca grita, allá abajo,
donde es oscuro.

ONTO

Carlos Barbarito

SUEÑOS

Anoche tuve un sueño.
Soñe que soñaba:
que soldados enfrentados
arrojaban sus armas y retornaban felices a sus hogares,
que agricultores con sus máquinas
rompían los cercos y permitían que el agua de sus canales
riegue las tierras yermas de sus vecinos,
que jóvenes de todo el mundo
encontraban un lugar donde estudiar, trabajar... y amar.

En mi sueño despertaba y al salir a la calle
descubría con asombro la gente inquieta reclamando noticias.
Decían de soldados enfrentados
arrojaban sus armas y retornaban felices a sus hogares,
que agricultores con sus máquinas
rompían los cercos y permitían que el agua de sus canales
riegue las tierras yermas de sus vecinos,
que jóvenes de todo el mundo
encontraban un lugar donde estudiar, trabajar... y amar.

Desperté entonces realmente de mi sueño.
Me sentí compungido,
una cosa es soñar que un sueño se haga realidad,
y otra muy distinta que así ocurra.
Entonces descubrí el diario que pasaron bajo mi puerta.
En la primera plana una foto de dos manos estrechadas,
gritaba con fuerza acumulada en décadas:
que soldados enfrentados
arrojaban sus armas y retornaban felices a sus hogares,
que agricultores con sus máquinas
rompían los cercos y permitían que el agua de sus canales
riegue las tierras yermas de sus vecinos,
que jóvenes de todo el mundo
encontraban un lugar donde estudiar, trabajar... y amar.

Claudio Gershanik

Polio Profilaxis Obstétrica
Dra. Graciela Guershanik
Médica Obstetra

cursos de preparación para el parto
gimnasia pre-embarazadas
gimnasia para puérperas

9 de Julio 148 Dto.4 - Tel: 247404

VIDEO FILMACIONES
en SALA DE PARTO

Graciela Guershanik

9 de Julio 148 Dto. 4 - Tel.: 247404

LA PRIMAVERA

Llega la Primavera
el 21 de Septiembre
y nos quita pesadumbre,
la estación que es más certera.

Deseamos...que todo fuera
lo mejor de la costumbre;
que como siempre, en Octubre,
nazcan flores en la acera.

Nada igual a Primavera,
donde todo es buen alumbre;
toda mujer y todo hombre,
sueñan profunda quimera.

El que vive en Primavera,
quiere que todo deslumbre;
que la vida sea cumbre
y siempre, sea primavera.

WALKIRIA de MARTOGH DANERI

*La Casa de las
Lapiceras*

Américo Muñiz

Gal. Córdoba - Local 24 - Tel.256905
Córdoba y Sarmiento
(2000) Rosario



LIBROS FORO ARTE
CAFE

San Luis 827 - Tel. 63588

La Copia Fiel

LIBRERIA

Entre Ríos 716 - 2000 Rosario

LIBRERIA  DE JULIO

RIOJA 1248 - TEL: 60692 - ROSARIO

Home  Sapiens
LIBROS

SARMIENTO 646 - TEL. 243399

FRENTE A UNA ESTATUA

Duro fervor que quieres ser presente
arropado de mármol, sin sentido.
En vano te prolongas. Tu latido
terminó con la sombra de tu muerte.

Pretendes ser el tiempo detenido
sobre un plinto vanal, en gesto ardido...

Generoso cincel labró tu paso
prolongando en un eco tu presencia.
Pero en juego de Dios eres ausencia
y has de ser del olvido: El Gran Abrazo.

Armando Del Fabro

A una Quinta Vieja

A "Villa Laura" y a la que en vida fuera su dueña, Da. Laura Granel de Sánchez.

Encuadrada en espléndida arboleda,
levantando su torre hacia lo alto,
cubierta su fachada por la hiedra,
hay una casa muy querida y grande,
hay una casa muy querida y vieja...

Jugué en ella los años de mi infancia;
llegué a ella verano tras verano
durante la fugaz adolescencia,
recorriendo caminos y canteros
y las lomas que en el río van muriendo.

En ella no hay un lago
ni magníficos cisnes que lo pueblen;
pero el riacho que las costas baña
de esa quinta vieja,
en todo instante envíanle el saludo
del agua y de la tierra.

Recuerdo que en las tardes,
cuando la lluvia caía persistente
golpeando los vidrios, tan despacio
que caricias de madre pareciera,
mirábamos...mirábamos el parque,
los caminos, las flores, la arboleda;
y cuando despejábanse las nubes
y el cielo su color mostrar quisiera,
elevábase suave ese perfume
de esa agua y de esa tierra,
y escuchábase el gorjeo de los pájaros
y el canto de los gallos por doquiera.

Y ahora que ya ha pasado todo eso;
que en su magnífica avenida de ligustro
no se escucha la risa de los nietos,
una infinita y lánguida tristeza
rodea todo el parque, hoy en silencio

Ya no veremos la figura de su dueño
recorrer lentamente los canteros:
cerráronse las puertas,
la hiedra se apegó más a su frente
como queriendo no alejarse nunca,
ni perder el contacto ni un momento...

Reflexiono un instante y luego pienso
que debiéramos ser todos como ella...
Donde pasamos tantos años gratos,
donde llegamos a olvidar mil penas,
donde paseamos por todos sus caminos,
donde miramos tanto las estrellas...

Porque en esa quinta, en donde todo es
viejo,
en donde cada objeto que la adorna
nos trae algún recuerdo,
dejamos una parte de la vida
y parte de ella es nuestro.
Desde sus sillas de caoba negra,
desde sus cuadros, con sus marcos de
ébanos,
desde la hiedra que cubre su fachada,
y de su piano, que calló hace tiempo...

Jorge L. Doncel



AUN LA FIESTA CONTINUA

Bebo lentamente para saborear mejor ese líquido de licioso que Lila me sirvió desde una nube de ecos azules.

Ana se ríe y me invita a una sala perdida entre emanaciones de gas, pasillos de petróleo y estatuas de albayalde. Allí hay un cuadro de un pintor francés odiado por todos los críticos. El cuadro es hermoso, rezuma optimismo y da gran claridad a aquella habitación apenas vislumbrable entre las sombras. Se abre una puerta y entra Vera. De acuerdo a un rito ancestral me alejo disimuladamente.

Hallo un sillón dorado y cómodo. Mi copa está vacía, pero alguien la llena con un rico y burbujeante licor. De pronto los descubro. Murmuro una disculpa y me alejo. Ahí, semiocultas en la penumbra, hay dos cucarachas haciendo el amor.

Me vuelvo a perder entre pirámides de flores y pasillos, entre paredes falsas, resplandores inciertos y ventanales cómplices, mientras estatuas irónicas charlan de política.

Encuentro un nuevo lugar confortable. Vanesa está a mi lado y me sonrío. Mi copa se encuentra nuevamente llena. Por una ventana me espían la luna y las estrellas. Desde una nube roja que flota sobre un sofá cercano me preguntan por cortesía mi lugar de nacimiento pero no esperan mi respuesta. Llegan Gabriel y Ana y bailan muy apretados.

De pronto, por la ventana penetra de un salto un león verde y azul. Ana y Vanesa se van por un pasillo y de entre los ecos difusos que me llegan, distingo sus voces que me dicen a dúo que no deberían permitir que lo leones anden sueltos porque rugen y rugen.

Alguien grita a mi lado. Se trata de una

mujer desnuda cuyo fragante licor se ha convertido en un brevaaje apestoso.

Huyo. Tropiezo con una mesa dorada y blanca cubierta de pastilleros color rosa.

Atravesando una puerta llego al salón del tesoro. La habitación está profusamente iluminada. Juan me sonrío desde el otro lado de un espejo. Yo paso a través del espejo y allí es todo igual que acá. Siguen los pasillos semioscurecidos por fragancias exóticas y lianas enmarañadas.

De pronto se abre el piso y caigo de cabeza en un blando sofá que se encuentra en la sala de baile. Vanesa está nuevamente a mi lado y me dice que acaba de bailar con su antiguo novio y con dos jóvenes pretendientes. Pletórica de felicidad me confiesa que acaban de pedir su mano a su padre y se aleja sonriendo por un corredor seguida por su amante tunecino.

Perplejo, busco a Esteban y a Sebastián, que están seguramente entre los concurrentes. Quizás están intentando conquistar muchachas noruegas en alguna de las habitaciones de este laberinto.

Se prenden luces verdes y todo se llena de plantas. Esa es la señal de que se ha abierto el invernadero. Entonces abandono la sala de baile. Una nueva puerta se abre y una luz azul me invita a pasar a la terraza. Me encuentro con Lucas que me dice que la comida no está nada mal. Pasa Esteban y no saluda. Se acerca Lucía. Lleva un distintivo de varios colores y una bandeja repleta de frutas, vasos y lepra. Su vestido es muy ajustado y resalta su espléndida figura. Se nos une un hombre y nos cuenta historias. Los otros

(Continúa en la Pág.10)

(Viene de la Pág. 9)

están entusiasmados. Yo creo que estoy bebi-
do.

Me escabullo como puedo.

En un salón, solícitas criadas me ofrecen
vinos y ensaladas. Yo apenas pruebo bocado.

Las cortinas venecianas se hinchan con los
primeros rayos del sol. La luz amarilla y una
leve música se expanden por los muebles de
caoba y la porcelana china.

Salgo. Veo un jardín plagado de estatuas y
columnas destrozadas.

Verónica y Vanesa me guiñan un ojo desde un
balcón y me arrojan una banana y una zapatilla
de baile y un bastón y estatuitas vikingas y
orquídeas secas y trozos de pan y una película
italiana y un almohadón dorado y una bolsa
para meter todo aquello.

Me pierdo en un laberinto de lunas, ecos y
rayas de colores.

Por fin encuentro la salida, semioculta entre
margaritas y elefantes de cristal.

Sofía, dormida, me espera en el coche.

Me sacudo de la ropa los últimos trozos de la
fiesta. Quedan en la acera y un tímido sol
comienza a derretirlos.

El coche arranca y Sofía se sobresalta.

Las montañas nos saludan. Contestamos los
saludos justo antes de que un túnel nos devore
a nosotros y a un mundo en camiseta.

A lo lejos suena un grito apetitoso. Es que aún
la fiesta continúa.

MARCELO JUAN VALENTI

GIBBONS - BARLETTA

Escribanía
Corrientes 931-3º piso
Tel: 218329 - Rosario

PORQUE SI

A mi hija, con el dulce
reencuentro de los poemas de
Pedro Nalda Querol.

Tengo veinte años
de tu vida
entre mi pecho y
las manos.
Es tu primer libro
de poesías,
arrebatao como tu
canto.
El que vuelve desde
algún punto sin origen
a certificar una promesa
esencial.
Veinte años en el silencio
de una espera
sin horas,
donde laten ferozmente
apretados
dos corazones de sangre
y papel.
La promesa era de cristal,
en perfiles de sirenas
pero cuando dejaras
de llorar.
Mas, ellas aún no están,
no las pude encontrar.
Luego de estas páginas,
en tu primer libro,
han vuelto,
porque sí
por esas cosas
que son tan bellas
que no tienen tiempo ni edad...
y que no te puedo explicar.

Nora Fracchia

JOSE Y GATO AZABACHE

En un pequeño pueblo, de una zona montañosa, vivía José. Tenía un gato al que adoraba, llamado Azabache. Siempre salía con él a todas partes, pero la gente, al verlo, se alejaba porque creía que los gatos negros traían mala suerte.

Azabache acompañaba a José cada mañana a la escuela, y cada mediodía iba a buscarlo para volver juntos la casa.

Pero en el camino, cuando Azabache andaba solo, la gente le gritaba y lo apedreaba creyendo que así espantaría la mala suerte que el gato podía ocasionarles.

Un día, un niño nuevo en el pueblo, llamado Daniel, lo defendió, peleándose con la gente que maltrataba a Azabache, y hasta recibiendo algunos cascotazos destinados al gato.

Al poco tiempo hubo un gran alboroto en el Pueblo: Daniel había salido a jugar a la mañana y no había regresado. Su madre lo buscó inútilmente. Entonces todos los hombres del lugar se unieron a la

búsqueda, también vinieron personas de ciudades vecinas a ayudar. Buscaron sin resultado durante horas.

Mientras tanto, en su casa, Azabache se mostraba muy inquieto. Maulló todo el día y volvió loco a José arañando la puerta de calle. Parecía decirle: "abre la puerta y sígueme".

Al fin José le abrió la puerta. Azabache salió corriendo y José tras él. Llegaron a una grieta cubiertas de matorrales.

José le dijo al gato: "Al fin te detuviste. ¿Qué te ocurre Azabache? ¿Porqué te comportas así?"

El gato maullaba mirando hacia el fondo de la grieta. José, intrigado, observó y descubrió a Daniel desmayado. Corrió en busca de ayuda. Sacaron a Daniel de allí y pronto se recuperó.

¿Cómo sabía Azabache donde encontrar a Daniel? ¿Fue su instinto, o quizás el cariño que sentía por quien lo defendía cunado José no estaba a su lado?

Nadie lo sabe. Lo cierto es que desde entonces nadie en el pueblo volvió a creer en esa tonta superstición de que los gatos traen mala suerte.



FONZO
Hnos. S.A.C.I.F.I.
Mendoza 4601
Tel: 399894 - 398658
2000 Rosario

**CENTRO MATERIAL DE LA
CONSTRUCCION**

REPLIC GERMANIK
12 años

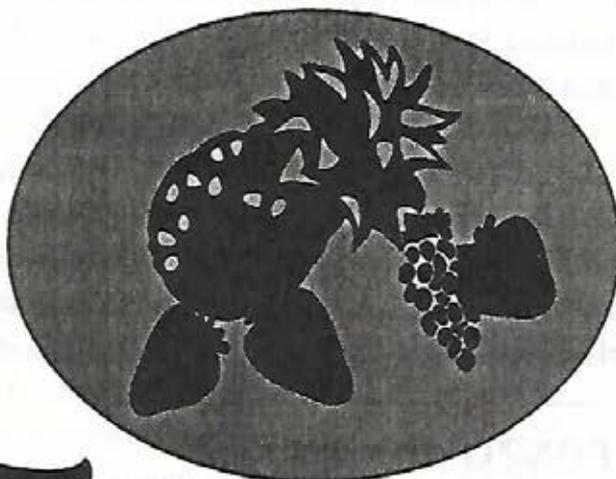
FESTIVAL INTERNACIONAL DE POESIA EN ROSARIO

18 al 23 de OCTUBRE

La Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario convoca a todos los poetas de la ciudad y zona de influencia, a participar de una reunión en donde se tratarán diversos aspectos de la organización del FESTIVAL INTERNACIONAL DE POESIA a realizarse en Rosario durante la semana del 18 al 23 de Octubre. Los concurrentes recibirán información acerca del proyecto, y podrán aportar ideas, proponer temas y actividades, y plantear de qué modo quisieran participar.

INFORMES:

Stella Maris Ardel - Graciela Balletero - Celia Fontán
T.E. 248619 / 248382 - Int. 26.



Frizantino

ANANA FIZZ

ANANA - FRUTILLA - CLERICO

Ahira.com.ar | Anana - Frutilla - Clerico Argentinas

LOS COPISTAS DE LUCANO

No es mucho lo que de ellos ha podido conocerse por medio de la Historia o de la Literatura (la Literatura es historia de la Historia?), no al menos de la lectura literal; antes bien, hubo que rastrear pacientemente en intrincados escritos de la época, y leer entre líneas, para hallar alguna referencia, casi siempre velada o expresada con extrema sutileza; acaso ello se deba -aunque tal causa deba considerarse sólo como una hipótesis- al miedo, pues una fuerte tradición oral indica que quien osare descubrir al mundo los secretos de la Orden habrá de quedar al punto ciego, sordo o mudo, o las tres cosas a la vez, y es público y notorio que una más fuerte convicción popular sostiene que las brujas no existen pero que las hay, las hay.

De modo que, hurgando donde se pudiese, se han hallado, y establecidos como más o menos veraces, los datos que aquí se brindan, y que cada cual podrá (o no: quién lo sabe) verificar, obviar, extrapolar, divulgar o desechar en la medida que le venga en gana y según su leal o desleal saber o entender. Los sistemas epistémicos, como los horóscopos o las prospectivas meteorológicas,

no son en absolutos ni infalibles, y este informe no escapa de tal condición.

En lo alto de un peñasco de roca viva, en medio de un escondido valle de clima extraordinariamente benévolo para las características generales de la región, y al pie de altas montañas yermas y perpetuamente castigadas por fuertes neviscas en invierno y arremolinados vientos calientes en verano, aún puede el viajero observador descubrir indicios del monasterio de Lucano.

Siguiendo el curso ascendente del río homónimo, que nace en torrente de las cumbres heladas, la margen izquierda esconde, entre espinosa vegetación, un sendero angosto pero bien asentado al que no es ajena la mano del hombre. Piedra tras piedra - tan bien ensambladas que no ofrecen resquicio alguno entre las juntas- apartando ya una mata de arbustos achaparrados, ya un

espeso colchón de hiedra reptante, y a medida que el río se angosta, puede el viajero continuar el ascenso hasta alcanzar la cumbre roma del peñón; allí, de unas piedras que a primera vista nada significan, emergen sin embargo (cuando se ha puesto atención global en ellas) los planos de una extensa construcción que llega al borde mismo de otra escarpada altura, preludio de la cumbre que ningún montañista ha podido vencer precisamente por esa ladera, ya que se alza vertical y sin asideros por más de mil metros.

De modo que se sabe que se podía llegar al monasterio sólo por un camino: el de la vera del río; mas hay fundadas sospechas de la existencia de uno o varios túneles que excavados en la roca viva, llevaban secretamente a los frailes de la fortaleza al valle, de manera rápida y segura.

Pocas personas habitan actualmente el valle; la mayoría, ancianos que miran

indiferentes la impostergable decadencia de las fincas, muchas de ellas construídas poco tiempo después de que la Orden se estableciera en el lugar ocupando el castillo del señor de Testacane, legado al clero en cumplimiento de una promesa. Se dice que el antiguo amo, Battista Testacane, gozó en vida de una fama tan negra como la acuñara un coetáneo suyo en la región de los montes transilvánicos, pero a diferencia del otro conde, ninguna leyenda atribuye a Testacane poderes sobrenaturales.

El fundador de la Orden, Obispo Cartessius Caparossa, adoptaría para disciplina de sus acólitos las reglas de San Agustín; celibato y fidelidad absoluta a los cánones de la congregación fueron, entre las normas, las más exigidas. Algunas evidencias indican que el Obispo, bien delineados los planes que tenía en mente, y dispuesto a cumplirlos costara lo que costase, recorrió vastas zonas en busca de jóvenes inteligentes que hubieran sentido el llamado de la Fe y que estuviesen dispuestos a jurar de por vida los votos de la Orden, y los buscó desde los Alpes a la Bretaña, y desde la Iberia a los Urales, y más allá aún, pues los quería de todos los grupos étnicos, y sabientes de todos los idiomas conocidos; ofrecía, a cambio, indulgencia eterna más la paz inconvencible del monasterio y otros beneficios que han permanecido secretos, pero que sin dudas resultaron atractivos y convenientes a los muchos jóvenes que aceptaron la oferta eclesiástica y emprendieron el largo camino que los llevaría a Lucano.

Vestían los novicios túnicas talares de blanco sayal; ya ordenados, era negro el sayo, y de fino paño. calzaban sandalias, mas entre muros solían andar, en verano, desnudos y descalzos. Una espada toledana de doble filo los acompañaba en las escasas salidas del convento como un adorno inútil: callados y arrogantes, nadie se atrevía a molestarlos. Fueron conocidos como "los copistas de Lucano", y no hubo desacierto en tal denominación, pues tenía la orden como oficio y mérito el copiar cuanto manuscrito apareciese en el mundo, y, por encargo, los originales de aquellos escritores que se aventuraban a llegar al monasterio. Para cumplir el primer objetivo contaban con una intrincada

red de informantes, y una no menos compleja organización dedicada al tráfico de libros; en cuanto a la tarea de copiar la obra por encargo, los escritores estaban obligados a poner en manos del Tesorero, religiosamente, importantes sumas en oro y piedras preciosas.

Si los datos son veraces, más de mil frailes habitaron al mismo tiempo la enorme fortaleza, manteniéndose constante esa cantidad a lo largo del tiempo. Se dice que sus voces, al unísono, estremecían al valle cada mañana y cada atardecer con poderosas letanías y cánticos que encendían los rostros y los corazones de las mujeres; una casi perdida leyenda lugareña refiere que muchas doncellas de entre la población del valle quedaban embarazadas, al llegar la primavera, por el sólo pasar del viento desde el monasterio, donde los jóvenes frailes exudaban fértiles humores, hasta el poblado; acaso el viento, junto a otras menos etéreas compañías, transitara por los oscuros túneles

subterráneos, pero ésta es también, por supuesto, sólo una intencionada conjetura.

Lo cierto es que el pueblo había ido creciendo y prosperando merced a los poderosos señores que, llevando sus escritos, esperaban ser recibidos por el abad, y como la espera podía prolongarse por semanas (tantos eran los aspirantes) florecieron las posadas y las herrerías, y se hizo proverbial el buen vino fermentado en los lagares de Lucano (lo viñedos, como por milagro, fructificaban allí generosamente) por lo que también la industria del licor y de la fabricación de todo tipo de vasijas y barriles proveyó de cantante y sonante moneda a los afortunados lucanenses. Otro antiguo comercio dio trabajo a no pocas viudas y madres solteras, estas últimas, precisamente aquellas a quienes el arcano viento había embarazado en alguna ardiente primavera. Hubo jóvenes que emigraron del lugar como pajes de los señores a quienes habían servido circunstancialmente; también algunas doncellas se alejaron de Lucano, atraídas por ilusorios esplendores, cada cual sobre la grupa de un palafrén ricamente enjaezado; sin embargo, otros venían a ocupar el espacio lucanense, llamados por las voces que corrían acerca de la prosperidad de aquel valle antes apenas conocido.

Muy poco (casi nada) se sabe de la vida en el interior del monasterio, de la necesaria convivencia de los frailes, de su cotidianidad. Sólo cabe imaginarlos, felinos y herméticos, deslizándose por galerías y corredores, escaleras y pasadizos, túneles y terrazas. Dícese que con tres pisos contaba la fortaleza; que almenas y torres enseñoreaban vigilantes sobre el valle sus alturas del más puro estilo románico; que el templo, con las naves en forma de cruz, y la cabeza de la cruz orientada hacia el Santo Sepulcro, había consagrado a Lucas, el médico antíoque, por ser el autor de dos libros canónicos (el Evangelio destinado a los gentiles y los Hechos de los Apóstoles), pero más aún por la particularidad de que el Santo Escritor no había sido testigo ocular de los actos del Mesías.

Si difícil ha sido hallar estos datos, más difícil aún penetrar en los designios secretos de la Orden (pues los había), y no se llegó a ello merced a la pertinaz tarea de algunos investigadores, sino gracias a la casualidad; por obra de ella pudo saberse la naturaleza del otro fin (más oculto, más hermético) que perseguía la Orden: se dice que el menester oculto de los Copistas de Lucano era sembrar la Duda; ningún miembro de la humanidad que se dedicare a escribir debía estar seguro de la bondad, exactitud, originalidad o belleza de cuanto escribiera, ni satisfecho de haberlo escrito. Se dice también que los copistas se valían, a tal fin, de la fama que asistía a la Orden en el sentido de ser en extremo severa y sabia, y estricta cumplidora de los compromisos contraídos, y (esto es lo más importante) precisamente de la índole de tales compromisos.

Es una suposición -nada desechable- que, al recibir a un escritor (no aceptaban comisionistas) el prior de la Orden, el abad o un fraile designado a tal fin según la categoría social del viandante, hablase en privado con él

sobre ciertos asuntos; luego, hacíale firmar bajo juramento un compromiso escrito, fijando en él la fecha en el que el interesado debía volver por sus papeles, y estableciendo el carácter ineludible o inexcusable del contrato, además de expresar, en detalle, la calidad del papel, el material que habría de emplearse en la encuadernación, y las ornamentaciones y viñetas que darían brillo al trabajo. El caballero (o no tanto) se retiraba del lugar en suma preocupado y con severas dudas a cuestas, y no era para menos; se le había dicho, y hecho firmar que así lo aceptaba, que si la obra no gozaba de excelsitud sólo recibiría un libro perfectamente encuadernado...con las páginas en blanco, significando esto que debería reescribirlo, u olvidar para siempre las letras. Así hubo quién recibió -según lo pactado- uno, o tres, o cinco ejemplares perfectamente copiados de su manuscrito; mas hubo quien, después de completar rigurosamente el elevado costo de la transacción, recibiría a cambio sólo un tomo en blanco; el original, según se estipulaba en el contrato, habría sido arrojado al fuego.

De este modo, quien regresaba a su burgo, en cualquier parte del mundo conocido, con manuscrito y copias, y en la hoja final de cada copia un sello inconfundible e inimitable (el nombre "Lucano" formado por seis sierpes que se mordían unas a otras, y una séptima enlazando a las demás en un óvalo perfecto) podía muy bien exhibir con orgullo su obra, pues hartos sabían los interesados en las letras el valor que tal sello entrañaba; el feliz escritor despertaba de tal modo no pocos celos y venenosas envidias, sufriendo al cabo un sinfín de amarguras. Las sierpes del sello no habían sido escogidas como símbolos al azar.

Porque los frailes de Lucano no siempre otorgaron el sello al libro mejor, ni desecharon el peor; la meta de su tarea era sembrar la Duda, y la duda se siembra (entre otras formas de hacerlo) otorgando mérito al imbécil y dejando en la oscuridad al genio; así, circularon por este mundo, con el sello de Lucano, falsas verdades y espúreas razones, y fantasías carentes de originalidad y belleza, y quedaron en la oscuridad de la inmensa biblioteca del monasterio (pues no fueron incinerados) centenares de manuscritos lúcidos, plenos de verdades científicas o metafísicas, poemas de singular valía y relatos (fantásticos o no) de extraordinaria calidad.

Cierto es que no hubo escritores que no contaron con el suficiente oro para probar sus méritos en Lucano; de todos modos, al cabo de cuatro siglos los frailes copistas sembraron tanta duda, tanta envidia y tanto rencor que, aunque Lucano ya no cuente con ellos, tales sentimientos perduran hasta nuestros días, y sin dudas sólo desaparecerán con el fin de nuestra humana especie.

Con el arribo de la imprenta el mundo perdió interés por los copistas en general, pero no perdió el monasterio lucanense su fama y continuó atrayendo a quienes deseaban probarse a sí mismos, o aquellos que se sentían seguros de la calidad de su obra, y sólo acudían con el propósito de ver halagada su vanidad. Varias máquinas impresoras (de las mejores habidas por esos tiempos)

fueron instaladas en el monasterio, y los libros que de él salieron, perfectamente tipografiados, poseían la misma belleza y la misma (a menudo) equívoca calificación que los manuscritos relizados en largas horas de paciente trabajo.

A mediados del siglo XVII, los coepiscopos de la Orden se reunieron en Lucano; habíase cumplido el tiempo establecido con clarividencia por el Obispo Fundador. Cartessius Caparossa, en un documento tan secreto y tan celosamente guardado como el Santo Grial, fijó con rigor el tiempo y los modos de disgregación de la Orden; en cincuenta años, contados a partir del Concilio, cada paso debería cumplirse con incontestable exactitud. Al respecto se ha hallado un documento, escrito en latín y apenas descifrable por las numerosas claves herméticas que dificultan la lectura hasta la exasperación; en él figura un codicilo presuntamente firmado por Caparossa (la rúbrica es apenas inteligible) en el que lega a su sucesor, con la condición de que este repita el legado, y así ad infinitum, el manuscrito de la Pharsalia, al que califica como su más preciado tesoro, añadiendo la particular consideración de que Marco Anneo Lucano ha sido el primer gran novelista de la Historia; acaso esta última frase encierre un juego de palabras; como tal ha sido considerada por estudiosos del tema, dando lugar a tan exacerbadas como inútiles disquisiciones filosóficas. Sea como fuere, algo del carácter de Cartessius Caparossa puede inferirse partiendo de aquello que tanto valoraba, y del fundamento que, en cierto modo, explica su valoración.

Al cabo de medio siglo de realizado el cónclave, el valle se vio estremecido por ruidosas y potentes explosiones que brotaban del mismo monasterio; la mayoría de los habitantes huyó a prisa del lugar, llevando cada cual a cuestas lo que podía, pues corrieron voces en el sentido de que el macizo volcánico del Vulture había exhumado sus fuerzas latentes, y que lo había hecho en el preciso lugar donde se asentaba la fortaleza de los frailes copistas. Sin embargo, otra era la verdad; las explosiones respondieron a la ignición de pesados barriles de pólvora y cumplían uno de los pasos más importantes entre los ordenados por Cartessius Caparossa. ¿Qué fue de los manuscritos, el prior, el abad, los coepiscopos, los frailes, los informantes, los mercaderes de libros, los secretos de Lucano?

¿Cuál extraño designio cumplieron después de la demolición, hasta casi los cimientos, de la fortaleza en que asentaban sus reales? ¿Cuál forma, cuál plan lucubró Cartessius Caparossa para que el eco de su obra resonara por los siglos de los siglos, perdurando como la rosa, como ella guardando el sublime y doloroso secreto de su nombre y de su existencia?

No fueron muchos quienes intentaron resolver estas cuestiones, mas entre los escasos estudiosos del tema hay consenso en hipotetizar que la Orden nunca desapareció; que sus acólitos, ya sin sayo, año tras años renuevan el juramento de eterna fidelidad y absoluto secreto, y que lo hacen con una mano

Tu visita me interesa.
Te espero en:

BUENOS AIRES 860
(entre Córdoba y Rioja)
2000 - Rosario (Santa Fe)
Rep. Argentina

Estilista
ALBERTO

ACUTAIN

Adhesión
AMIGOS DEL CAFE LITERARIO
de los Lunes de S.A.D.E.

sobre el corazón y con la otra sobre el sello de las siete sierpes.
Los Copistas de Lucano son parte de una verdad histórica, en parte una leyenda, mas nadie puede negar que la Duda, la Gran Duda, muerde con venenosos colmillos el alma de todo aquel que escribe; también, que lame con lengua bífida repartiendo la pócima fatal de la envidia, del rencor, del plagio. Poeta, narrador, hombre de ciencia, filósofo o comunicador social que haya dejado en el papel su obra, ha recibido su cuota de veneno. Algunos, no pudiendo soportar el desgarró, caminan hasta la orilla de un lago, abandonan la caña de pescar y se hunden en las aguas hasta el fin; otros, empozan en su boca el oscuro cañón de un rifle y aprietan el gatillo. Un cañón tan oscuro y portador de secretos como el Túnel Mayor, aquél por el que transitaron, silenciosos y herméticos, los copistas de Lucano.

Rosa Fasolís

3001 - ODISEA INFORMATICA

Ioanis Luciano Torilla Tsernostopulos

Era un día común en la vida de un genial operador de bio-computadoras. Estas eran una especie de mezcla entre supercomputadora, planta de hortaliza y genio del siglo 3000. Fueron hechas para reemplazar a la 15ta. generación de PC pero un error en su fabricación hizo que en vez de ser una amalgama de

supercomputadora, planta y genio, se convirtiera en algo más parecido a una máquina tragamonedas, con una mula más un troglodita, y de tal combinación no podía haber salido algo peor. Pero volviendo a aquel horrible día, yo estaba sentado frente al deforme engendro biodegenerado, y hacía tres horas que intentaba sacarle de su escasa memoria los archivos de la lista de sueldos. Hasta ahora lo único que había conseguido era un terrible dolor en las asentaderas y una cantidad impresionante de discos llenos de nada y más nada.

La computadora biobestial podía entender lo que yo le decía, pero para mi pesar hacía lo mismo que cada vez que le ordenaba trabajar: no hacía nada. Estaba

VERSALLES

lo mejor de la naturaleza

Fca.: Ruta Provincial Nº21 - km.273(2128) A SECO -
Santa Fe

Tel:(402)26749-26373/Fax:402-27266
Tlx:41476 VERSA-AR

Ahira.com.ar Archivo Histórico de Revistas Argentinas

furioso. Entonces me puse a insultar al mutante ordenador que seguía impávido. Cuando empecé a acordarme de la familia del aparato, éste también se enojó y le mandó sus saludos a mis padres, hermanos y etc. en seiscientos idiomas.

Luego de media hora de gritos de parte de la biocomputadora y míos, decidí que esto iba más allá de lo que se podía soportar de un tacho de basura transistorizado como ese. Me senté frente a la gelatinosa consola y le dije:

- Tú, mutación amorfa, si te crees tan astuta te reto a un juego de estrategia. Si ganas yo me voy, si pierdes tú te suicidas. ¿Te parece justo?

La computadora lo pensó por cinco largos minutos, - sí que era lenta - y luego dijo:

- Acepto.

Después de media hora de estar cargando el juego, nos dispusimos a jugar. Se trataba de un clásico arcade de habilidad, con pésimos hologramas bicolors (blanco y amarillo) y en el que dos deformes cosas tenían que correr por una habitación apretando botones. La habitación me parecía que ya la había visto anteriormente, pero por los malísimos hologramas, no se sabía si era el desierto de Amazonas o una habitación de mando de alguna cosa. Después de dos cortos minutos de juego le gané. Yo había apretado veinte mil boto

nes y la computadora sólo uno. Entonces en la pantalla apareció un mensaje que me dejó estupefacto. El mensaje decía: "Todos los misiles ensamblados. 15ta. Guerra Mundial en proceso". Inmediatamente pregunté cuál iba a ser el resultado y me respondió: "No habrá ni ganadores ni perdedores. Esta vez sólo quedará un gran... agujero negro".

Corrí hacia el hangar, me subí en la primera nave y salí disparado del lugar. Ahora estoy camino a algún lado. Solo y perdido en el espacio, pero por lo menos estoy vivo y por esas cosas de la vida he subido a una nave de carga. Me dirijo a la bodega, hay comida como para setenta años y unas cajas blancas, abro una y...

Premio "Alcides Greca"
"Selección de Cuentos", Editorial Municipal
de Rosario, 1993.



OPTICA
BRASCA

Anteojos de recetas y sol - lentes de
contacto

San Lorenzo 1222 Tel. 67369 2000 Rosario

yuyitos

Artesanías

San Lorenzo 1310 Tel. 245934
2000 Rosario

OSE

FILIAL ROSARIO

OBRA SOCIAL DE EJECUTIVOS Y DEL PERSONAL DE
DIRECCION DE EMPRESAS
Inscripción en I.N.O.S. Nº 4-0080

3 de FEBRERO 1331/1322 Tel: 24-9420/9550/9754
CORDOBA 1818



binario

Plan de Administración Directa

Con nuestros
PLANES BINARIOS
le garantizamos el
mejor nivel de
medicina privada en
todo el país, con la
sola persuasión
de su credencial,
sin seguros ni
adicionales.

S O Y D O S

(¿O POR QUE CANTO?)

Transito el pentagrama cósmico
mientras tenso el diapasón corpóreo,
afino mi instrumento espiritual,
conformo mi propia orquesta,
para sobrevivir.

Cada vez que subo al escenario de la vida
parece que soy uno, pero soy dos
el otro que toca en mi orquesta
es Dios.

Porque Dios, toca en la orquesta
de todos los seres humanos,
él tiene una canción, que es milagro,
para encender el alma de todo
hombre y mujer de esta tierra.

La canción es el milagro cotidiano de la luz,
el milagro de una sonrisa,
el milagro del amor.

Por eso,
Porque también Dios toca conmigo.
Porque soy judío errante para ganarme la vida.
Porque soy latino y ardiente para entregar mis amores.
Porque soy gitano y nómada para deambular,
Porque soy pastor griego para predicar.
Porque tengo amor para el trabajo,
pero también trabajo para el amor.
Porque tengo fe.
Porque creo en tí,
mi Dios sin nombres, Padre cósmico del Universo.
Porque amo.
Por todo eso,
canto.

Edgardo Winger

¿Ramiro?

El rito del almuerzo no había comenzado. Un papel, depositado sobre la mesa, parecía devorarse la rutina.

Buscó en los ojos de su madre alguna razón, pero de la profundidad desconocida de su mirada, sólo emergían lágrimas.

- Tenemos que hablar. Sentate, por favor.-

Se ubicó frente a sus padres, como un súbdito más, a adorar ese siniestro papel.

- Hay algo que debés saber. Tu madre y yo hicimos mal en postergar esta charla.-

Se sintió un poco más tranquilo al oír a su padre. Esas palabras eran los únicos nexos con la normalidad. Habló del inmenso amor que sentían por él. De los sacrificios que hacían por brindarle una buena formación. De sus desvelos por ofrecerle un sólido porvenir. Habló de dar, de guiar, de comprender y perdonar.

Quizá, luego, podrían venir las advertencias por la próxima salida de fin de semana o una reprimenda por la asiduidad con que visitaba la sala de videojuegos. Pero ninguna de esas circunstancias generarían esas pausas angustiadas, esas vacilaciones, ese perdurable gesto de amargura que deslucía el siempre seguro y tranquilizador discurso de su padre.

- Ramiro, sos adoptado... -

- Pero te amamos más que a nada en el mundo. No queremos perderte. Vamos a hablar con esa mujer, con tu abuela. Contrataremos al mejor abogado, no importa lo que cueste. Denunciaremos el

caso al periodismo. Convenceremos al juez. Haremos cualquier cosa, cualquier cosa. Del acta de la desdicha, sólo alcanzó a leer: "Audiencia. Sumario. Padres adoptivos. Menor...".

Huyó con toda la velocidad de sus piernas.

Mientras corría iba perdiendo su nombre, sus referentes cotidianos. Se desdibujaba su historia, se gestaban incertidumbres, lo atropellaban nuevas realidades, le circulaban caudales de miedo. Nuevos dolores le curtían la piel. Le explotaban las verdades en las pupilas, se le hinchaba el corazón con diferentes y conflictivas formas de amor, se le vaciaba la cabeza y se le atragantaban las preguntas.

A los trece años lo sometían a los rigores del nacimiento.

PATRICIA FERRARETO
Casilda - Santa Fe

CLASES DE BAJO
LECTURA - CIFRADO - ARMONIA
TECNICA DE EJECUCION SOBRE
ROCK, HARD, BLUES, JAZZ
MARCELO GALLEG0 - Tel: 246535

RAUL - VIDEOFILMACIONES
Cumpleaños 15 - Casamientos
Eventos Sociales
Tel: 309529

CRISTINA

"Quién detiene palomas
al vuelo,
volando a ras del suelo..."

(J.M. Cano)

Voy a lamentar mucho haber tomado la decisión de irme, sin Cristina y sin Elena. Sin embargo, si hago y rehago un balance serio, ¿cuándo fui serio?, concluyo que opté por lo más correcto. Espero que llamen a embarque a los pasajeros del vuelo que me llevará a Alemania. Intento escribir muy brevemente, junto a un café, la historia que conocemos al pie de la letra. Marcelo, Elena y yo... y Cristina, por supuesto. Historia que plasmada en estos papeles, servirá para que algún incierto cliente, que logre sentarse en esta alejada mesa, lea sin saber de quién se trata y pueda reírse o sentir un poco de piedad.

Llevaba varias semanas sin empleo cuando Marcelo se enteró y se vino a Buenos Aires para proponerme trabajar con él. Temporarily, eso sí, como para salir del paso. No consulté a Elena. Dije que sí. Ella no podía oponerse porque no teníamos donde caernos muertos. Sinceramente, su opinión no me importaba demasiado. En todo caso, hubiera disputado la situación para obtener esos tres meses en Rosario.

Elena debió resignarse al cuidado de su madre, que hacía algunos meses estaba muy enferma. Sólo se limitó a prometerme un llamado telefónico por semana, para que el paréntesis no se asimilara a una virtual separación matrimonial.

Agregó que, como consuelo, aprovecharía para verse con esa compañera de la escuela primaria de la que me hablaba con frecuencia. Supe que vivía en Villa Urquiza, cerca de la tía Amalia a quien también podría visitar en esas oportunidades. Hacía planes para pasarla lo mejor posible durante aquellos tres meses. Yo no la oía con ganas. No veía la hora de estar en mi ciudad.

Tanto tiempo sin visitarla logró que mis recuerdos comenzaran a parecerse a un tango escrito sobre mi barrio y mis amigos. Aún cuando todo sería diferente, porque la barra estaba dispersa y algunos muchachos no me perdonaban con facilidad que inmediatamente después de casarme haya venido a vivir a Buenos Aires.

La presunción de que nada sería igual que antes comenzó a confirmarse un martes por la tarde. Cristina apareció por primera vez en el CAFE de Marcelo. Dijo que venía a ofrecerse para cantar en el local todas las noches. Lo creí imposible porque allí no había equipos electrónicos, ni nada que facilitara las actuaciones. Sin embargo, a Marcelo le encantó la idea. En seguida afirmó que el equipo era lo de menos porque lo podía alquilar. Aclaró que lo inconveniente era conseguir una plataforma para utilizar como escenario, aunque en dos días se las arreglaría para obtenerla. Fue así como aquel viernes Cristina debutó en el CAFE, de Nuñez y Rondeau.

Luces azuladas habían decidido converger en un rincón, luces rojas alumbraban tibiamente una par de mesas, luces verdes escapaban hacia los más alto, luces más fuertes de tonalidades más pálidas impactaban sobre la plataforma, donde sólo había una banqueta bastante alta. De acuerdo con los cálculos de Marcelo, la cantidad de habitantes que había en el local esa noche era la de siempre. "Buen promedio", dijo. A mí me pareció inferior a otras ocasiones. Comencé a recorrer las mesas alrededor de las ocho. Serví cafés, bocados,



SAN CRISTOBAL S.M.S.G.

Agencia FISHERTON

En Seguros y Servicios a la hora de responder ... RESPONDE

Avda. Córdoba 6661

Tel.: (041) 570792

2000 Rosario

Ahira.com.ar | Archivo Historico de Revistas Argentinas

cervezas, algún té (no hacía mucho calor). Un discreto aplauso recibió a Cristina. Se colgó la guitarra acústica y arremetió con una introducción instrumental. Después saludo a los presentes y anunció un tema. No pude prestarle suficiente atención porque debí recorrer varias mesas, yendo y viniendo con algunos pedidos. Marcelo hizo algún chiste sobre mi forma de sostener la bandeja y me dijo que estaba más que satisfecho con lo que estaba ocurriendo esa noche. Estaba seguro de que lo de Cristina pegaría y traería más gente al local. Mientras hablábamos, junto a la barra, la observé enfocada por un fabuloso resplandor cuando anunciaba la interpretación de un tema de su autoría. Esa impecable versión me hizo sospechar que todas las noches ahí prometían ser excepcionales.

La clientela se iba advirtiéndole a Marcelo, entre bromas y risas que volvería al día siguiente, y que lo haría acompañada por otros amigos. Marcelo replicaba irónicamente que de ser así cerraría el CAFE para siempre porque odiaba trabajar demasiado. Todo esto sin ocultar su alegría ante los resultados a la vista. En seguida se acercó a Cristina y la felicitó besándole la frente mientras sostenía su cabeza con ambas manos.

- Me salvaste, querida - le dijo riendo -, vas a tener tu buena recompensación.

Cristina propuso que nos quedáramos a tomar algo, pero Marcelo no aceptó. Según dijo, al día siguiente tenía que ir en su coche hasta Pergamino a visitar al tipo que se lo vendió, para arreglar unos papeles de transferencia y no sé qué más. Nos dejó las llaves y se fue desprendiendo tras de sí un casi inaudible hasta mañana. Cristina sonrió cuando lo vio alejarse y me miró largamente mientras acariciaba sus cabellos negros. Dijo que esperaba que le sirviera un café, solamente eso, pero bien caliente.

Creo que ya estábamos bebiendo los cafés cuando ella comenzó a cuestionar el lugar. Opinó que era muy grande para que dos personas solas pudieran disfrutarlo plenamente, y que convendría que fuéramos al departamento que alquilaba a tres cuadras de allí. Creo que habíamos caminado bastante, no podría calcular con exactitud. Todo ocurrió muy rápido y en seguida me vi arrojando su camisa verde en el piso y besando sus pechos fríamente iluminados por la luna que trataba, con fuerzas, de introducirse a través de la cortina metálica. Me acordé de Elena, de sus pechos que no eran mejores ni peores... diferentes. Recordé simplemente que la amaba. En la penumbra, a pesar de la intensidad del acto en que estaba inmerso, la imaginaba bajo mi cuerpo. Cerca del amanecer, Cristina me dijo que todo estaba bien, que le había complacido y que sería lógico que desayunáramos juntos. Marcelo no estaba y no era justo que después de esa magnífica noche me aburriera como un idiota. Acepté la situación y me quedé. Por la mañana, entre tarea y tarea, jugamos como chiquilines. A veces nos revolcábamos peligrosamente en la cama, casi sin ropas. Corríamos uno tras el otro, y terminábamos agitados, en el balcón, a la espera de la brisa que venía del río. La noche siguiente, sábado, era importante porque, naturalmente, venía más gente. Yo llegué mucho más temprano que de costumbre y encontré a Marcelo tras la barra. Me hizo bromas acerca de su intuición para adivinar la existencia de mi acercamiento con Cristina, y extendió su ironía hasta la crueldad de mencionar una supuesta aparición sorpresiva de Elena por el lugar.

- Amo a Elena; esto es otra cosa - dije, y me puse a limpiar las mesas.

Quince minutos después, Marcelo pegó el grito.

- Mauricio, adiviná.

- ¿Qué?

- Elena.

- Andá - le dije tratando de retener el pocillo que se resbaló, mientras lo lavaba, hasta hacerse mil pedazos contra el piso.

- Al teléfono - dijo riendo.

- Avisá.

Fui a atender. Claro que era Elena. Cumplía sistemáticamente con su promesa de llamarme una vez por semana. Me dijo que me amaba, que me estaba extrañando y que, si no fuera porque su madre estaba cada vez peor, se hubiera hecho una escapada para Rosario. Cruzando los dedos le contesté que yo también, pero que había que saber sobrellevar la situación. Agregó que le hacía falta el giro que le prometí y le dije que en poco tiempo más lo recibiría. Traté de despedirme antes que la conversación se complicara.

Esa noche hubo discreto consumo por parte de los clientes que eran, esa vez sí, más que el día anterior. Marcelo debió admitir la existencia de escasez monetaria en los bolsillos de los concurrentes; pero los

resultados seguían observándose positivos. Cristina cantó mejor y hasta se atrevió a dedicarme un tema suyo, a viva voz desde el escenario, mientras recorría las mesas atendiendo gente. Marcelo alegaba, siempre con ironía, que me estaba extrañando bastante. Me preguntaba si me había dado cuenta de que ya llevaba varios días durmiendo en la misma cama que Cristina.

Aquel lunes por la mañana, Cristina y yo, salimos juntos hacia el centro. Ocurría demasiado a menudo que se me presentara el fantasma de la confusión. Aunque para ese entonces se iba configurando el mapa de mis sentimientos con ciertos indicios que tendían al equilibrio en cuanto a la inevitable comparación entre ambas. Cristina y Elena. Elena y Cristina. Tan distintas entre sí, en todo; excepto en la edad, que casualmente era la misma...Cristina compró unas cuerdas para su guitarra y se entusiasmó con la idea de que nos mezcláramos entre la gente que manifestaba en contra de la guerra en Golfo Pérsico. Mientras aplaudíamos los cánticos alusivos, le comenté que por esas mismas calles, en épocas de la secundaria, salíamos a reclamar el retiro de la dictadura militar o la implementación del medio boleto estudiantil. Le confíé que esos recuerdos me emocionaban. Que decididamente, me conmovía el hecho de ver a la gente en la calle exteriorizando sus ideales pacíficos. Ella repetía sonriendo que todo era muy lindo y que los volantes de colores y otros papelitos daban un marco pintoresco; lo que me hizo pensar en una actitud snobista de su parte.

A mediodía, Cristina propuso que nos quedáramos a almorzar por ahí, entonces terminamos metiéndonos en un comedor de la calle Santa Fe. Mientras esperábamos el café, después de probar una deliciosa andanada de pastas, me dijo que no le importara a priori que yo pensara en Elena. Es más, toleraba que la amara. Lo único que pretendía era vivir esos días, y volvió a repetir aquello de que todo estaba bien entre los dos. Para confirmar el estado de las cosas me invitó al cine a ver un a película de Jaqueline Bisset. A la salida pidió que volviéramos volando a su departamento para jugar esos juegos que sólo nosotros entendíamos y que algunos no hubieran soportado.

Cuando llegué a la casa de Marcelo, ya de noche, entré casi sin hacer ruido. El estaba apoltronado en un sillón del living viendo televisión. Me senté asu lado, en silencio, y recibí una mirada que denotaba sorpresa.

- ¿Vos acá? - preguntó Marcelo.

- Hoy es lunes ¿no? - dije mientras miraba la pantalla.- Es día de descanso. Me pegué un baño y me preparé para salir.

-¿Adónde vas?- preguntó Marcelo, agitando el control remoto del televisor.

- A caminar por ahí, ¿no puedo?

- Sí, por supuesto. Era por curiosidad, nomás.

Estuve caminando varias horas por el paseo ribereño pensando que, aunque pareciera tonto, en ese momento hubiera dado mi vida por Cristina, pero por Elena también. Era un adolescente desubicado. Incapaz de definirme sobre algo que Marcelo, por ejemplo, hubiera resuelto con facilidad. Cuando volví, mi primo estaba dormido frente al televisor qu exhibía en su pantalla lo que alguien con un poco de filosofía barata hubiera definido como la nada. Apagué el aparato y me fui a dormir.

Debo reconocer que me asusté un poco cuando esa tarde vi a Cristina con el teléfono en el oído, alcanzándome de pronto el auricular mientras decía "es Elena". Intenté no hacer notar mi sobresalto.

Elena me informó de entrada que había tenido que internar a su madre, aunque solamente para que le hicieran observaciones de rutina. Me dijo que estaba más tranquila porque ya faltaban pocas semanas para volver a vernos. No me animé a confesarle que ya había aceptado la propuesta de Marcelo de quedarme a trabajar con él en forma permanente. Me había ofrecido la otra parte de su casa, la de atrás, para que pudiéramos vivir con absoluta comodidad. Me despedí, como siempre, muy rápidamente, con la esperanza postergada de poder contárselo en la llamada siguiente.

Cristina me miraba en silencio cuando entró Marcelo proclamándose, a gritos, un tipo de buena suerte.

Comentó en seguida que le habían adjudicado el coche cero kilómetro qu venía pagando a través de un círculo de ahorro previo. Como esas cosas eran las que más le interesaban propuso un pequeño festejo.

Comenzó a destapar botellas de cerveza y a servir algunos ingredientes en un a bandeja gigante. Bebimos

y comimos por él, mientras emitía frases como "estamos salvados, nosotros sí que estamos salvados en este puto país; sonríen".

Más tarde, empezó a entrar la gente. Algunas caras nuevas preguntaban con insistencia por los precios de alguna que otra cosa. Estaban preocupados en saber si la suba del dólar se había trasladado a la mercadería. Cuando Cristina apareció en la plataforma el local estaba lleno, el equipo sonaba más fiel que nunca y su voz cantó a la perfección todas las canciones de siempre. Cerca de las tres, Cristina y yo, nos escapamos antes de que Marcelo se acercara a la barra para decirnos socarronamente que nos dejaba las llaves del local.

Fuimos a la bajada a tomar un poco de aire fresco. Sin embargo, Cristina comenzó a coquetear con la idea de jugar lo que llamábamos los juegos peligrosos. De a poco nos fue seduciendo la posibilidad de desprendernos en todo sentido. Nos acostamos sobre la arena y nos mantuvimos en silencio largo rato, uno junto al otro, sin siquiera tocarnos. Pensé en Elena y en lo que ocurriría si nos radicáramos en Rosario. Ella me dijo que también se acordó de Elena, y que le dio pena saber que era mi mujer. Traté de alejar aquellas ideas que me perturbaban, de no recordar algunas frases que Elena esbozó antes de que yo me fuera de Buenos Aires: "si pudiera verte para que no me falles. Si pudiera colocar cámaras de video para espiarte a través de monitores ubicados en mi habitación". Idioteces por el estilo que desaparecieron de mi pensamiento cuando Cristina se levantó y empezó a correr descalza por la arena buscando que yo la persiguiera. La alcancé a los pocos metros. Su cuerpo y el mío se entregaron a un interminable ir y venir que se prolongó media hora más tarde en el dormitorio del departamento de Cristina. Luego, apoyados en el borde del balcón esperamos la salida del sol.

Cuando me vio llegar, mientras desayunaba, Marcelo me dio la noticia. La madre de Elena había muerto y ella había llamado apenas me fui del local con Cristina.

- Tenés que irte ya, a Buenos Aires -dijo-. Aquí tenés las llaves del coche.

Telefoné a Cristina, que dormía en su departamento. Le comenté lo que había ocurrido y aceptó, sin mucho convencimiento, que me fuera.

- Voy a dormir por unas horas y paso por allí a saludarte - le dije.

- Como quieras - me contestó.

Me tiré a descansar. Hubiera sido una locura conducir desarmado como estaba. Cuando desperté, miré el reloj; habían pasado ocho horas. Me levanté y me metí bajo la ducha pensando que si salía a las cinco de la tarde, a las nueve estaba en Buenos Aires.

Subí al coche de Marcelo y en diez minutos estuve en la puerta del departamento de Cristina. Toqué timbre varias veces, pero ella no repondió. Recordé que me había dado una copia de la llave y fui a buscarla en mi cartera. Entré y revisé el lugar. No estaba. me dio pena irme así porque las mujeres, generalmente, se fijan en esos detalles. Sin embargo, pensé que Cristina comprendería.

El viaje transcurrió veloz y sin inconvenientes. Otra vez en casa, luego de dos meses y medio. Traté de no hacer ruido al entrar para evitarle alguna molestia a Elena. Seguramente, no estaba de buen ánimo, dada la circunstancia. Crucé el living, porque allí no estaba. Pensé que aún permanecía en la sala velatoria, al lado de su madre. Abrí la puerta del dormitorio y no supe si toser, hablar o putear a medio mundo porque sus bocas se juntaban en un profundo y apasionado reposo. No hubo tiempo para turbias ni vanas explicaciones. En seguida subí al coche de Marcelo y volví a Rosario. Cuando le conté los detalles, mi primo me contempló con desconcierto y se mantuvo unos segundos en silencio. Luego me tiró cinco mil dólares, y me dijo que un amigo suyo me espera en Alemania.

LA NOCHE DE LOS ALFILERES

Son las cinco de la mañana, hace frío y una llovizna como de alfileres se deja ver en cada uno de los focos del alumbrado de Barrio Cristalería. Hasta allí había llegado Javier Peralta con su taxi llevando pasajeros. Le quedaba un rato más para andar, pero la noche no podía ser peor., tres pasajeros en cuatro horas era un promedio pésimo. Volvía al centro por Baigorria y allí nomás detrás de un cartel de verdulería, como queriendo refugiarse de los alfileres que le caían del cielo, alguien le hace señas. Peralta estacionó su auto lo más cerca del cordón para que un tipo con gorro y cubierto hasta las orejas por una bufanda subiera con apuro.

Después de los saludos del caso y quejas por el tiempo, Peralta comenzó a notar en el rostro de su pasajero algo extraño. Entre el rostro y la bufanda aparecía algo que le llamaba la atención. Preocupado, agudizó su vista observando el espejo retrovisor, pero era inútil, debía darse vuelta y mirarlo directamente, tenía que esperar la oportunidad. El tono de la voz del tipo le sonaba efectivamente, como viniendo detrás de una máscara que el taxista imaginó de plástico. Mientras sus sospechas aumentaban busco la forma de ponerse a 45 grados entre el volante y el asiento. La luz de un camión que venía por la otra mano lo ayudaría a descubrir si estaba equivocado o no. Sus sospechas se confirmaron, tenía un enmascarado en el asiento de atrás. Debía actuar sin demoras. En cualquier momento aparecería un móvil de la policía. Peralta entonces le haría señas, los policías interceptarían el taxi y violentamente sacarían al enmascarado de su guarida del asiento trasero, y con las manos en la nuca y las piernas abiertas le sacarían el arma que seguramente esconde entre sus ropas, y por fin le arrancarían la máscara y se lo llevarían preso por intentar asaltar y asesinar a un pobre tachero. Pero el móvil que había visto por allí lejos dobló unas cuadras antes de cruzarse con él. Se sintió sólo y un pensamiento trágico se le incrustó en el medio del cerebro y bajó por su espalda como agua helada.

¿Estaría efectivamente ante un asesino, un asaltante inescrupuloso que esta esperando el momento para atacarlo, ponerle una navaja en el cuello o un revolver en la cabeza, sacarle toda la plata o el auto? ¿Pero que momento está esperando? Han pasado unas cuadras en silencio. Peralta apuró la marcha para llegar pronto al mercado donde hay gente desde temprano; en ese momento la mano derecha del enmascarado traspasó el límite de los asientos y casi sin palabras le ofreció una pastilla de menta que Peralta sorprendido aceptó sin resistencia.

Con el mercado empezaron a verse más y más luces. El centro estaba cerca y una agradable voz de locutora desde la radio recomendaba que la gente tome sus precauciones para salir a la calle.

Peralta por un momento sintió que se le había ido el miedo. Se cruzó con móviles de la policía pero decidió no hacerles señas, además había abandonado su postura rígida en el asiento. Mientras el extraño pasajero observaba la lluvia por la ventanilla. El viaje estaba llegando a su fin. El pánico de Peralta se había transformado en curiosidad. Pero cómo preguntarle a su pasajero qué motivos tenía para usar una máscara. El taxi paró en Santa Fe y Paraguay. El hombre pagó el importe del viaje y saludó a Peralta con amabilidad. Detrás de un vidrio, en una oficina calefaccionada, otros enmascarados lo esperaban.

Ediciones de
"LA TORRE DE PAPEL"

Presenta:

**"EL SOL ES VISITANTE
SILENCIOSO"**

(antología poética)

- TOMASA QUEROL DE
NALDA -

Colaborá con la revista literaria
"LA TORRE DE PAPEL"

**SUBSECRETARIA DE CULTURA DE LA
MUNICIPALIDAD DE ROSARIO**

LA
TORRE
DE PAPEL

UNASE A LOS AMIGOS
DE
LA TORRE DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL

LA
TORRE
DE PAPEL